

Alfons Cervera

&gt;&gt;

El mercado editorial es como todos los mercados. Ya sé que por esta obvía afirmación no me darán una beca para investigar lo que aún quede por desvelar -si es que queda algo- en los diarios de Ludwig Wittgenstein. Siempre me chifló la relación del filósofo austriaco con el poeta Georg Trakl. Desde hace treinta años por lo menos que intento escribir una novela con esa historia. Tengo el título: *Los días oscuros de la primavera*. Y unas veinte páginas. No está mal: poco más de media página por año. Con lo del mercado editorial quise decir, antes de que me liara con una filosofía que me resulta absolutamente indescifrable, que la novela negra está de moda desde hace mucho tiempo. Para bien y para mal, como suele pasar con las modas. Antes de esa moda teníamos las referencias de toda la vida. Ahora ya hay más y buenas referencias. Hay quien lee novela negra en verano. La gente sesuda que piensa que la ficción, sea la que sea, es una manera bastante tonta de ocupar el tiempo. Ni idea tiene esa gente de la ficción ni de nada. Hago poco caso a los voceros del mercado literario. Leo a mi bola. Por ejemplo, una novela que se titula *La muerte tendrá que esperar* y la ha escrito Javier Valenzuela. Como toda novela negra que se precie, tiene una protagonista casi absoluta: la ciudad. En este caso, la ciudad de Tánger.

La cubierta tiene ese color desvaído que puede hacernos pensar en la nostalgia. El tiempo que poco a poco se borra como una carta escrita con jugo de limón. Ese rostro de mujer que nos lleva a una de esas heroínas del cine negro que tanto amamos desde que vimos a Veronica Lake en *La dalia azul* o *Llave de cristal*. Luego veremos que la nostalgia es en este libro hermoso «la hermana plañidera de la historia». Pero antes de pasar a la primera página me encontré con un gancho directo a la mandíbula. Una cita de Bob Dylan. De una de las canciones de Bob Dylan quemásme gustan: *If you see her, say hello*, del disco de 1975 *Blood on the Tracks*. Si la ves dile que me acuerdo de ella esté donde esté... O algo parecido. Tiene varias versiones la letra de esa canción. En la ciudad de Tánger se juntan, como en *Casablanca*, personajes que van y vienen, que buscan cada cual su destino escurbando en sus pequeñas vidas rutinarias, que juegan a disfrazarse de lo que no son y de lo que son como si el destino fuera cosa muchas veces de fijar un sitio donde la muerte no sea algo urgente a tener en cuenta. La levedad de la muerte en esta novela que se interesa casi exclusivamente por la vida. Lo que dice el protagonista de Imán, la novela de

Ramón J. Sender que transcurre cuando la guerra colonial en Marruecos: «¿Sabes lo que te digo? Que morirse no es tanto como parece. ¡Te mueres y ya está!». Pues eso. Morirse no es nada grave en esta novela llena de luces y de noches oscuras, de huidas y regresos, de vidas que se cruzan para decirse adiós al cabo de un rato o para no decirlo nunca porque vivir es no conceder un minuto de tiempo a la derro-

ta. La música de guitarra y batería en *Rock the Casbah* de los Clash. La Segunda República en la memoria o el olvido de la ciudad de Tánger. «Es una historia triste», dice uno de los personajes, como si estuviera leyendo el poema de Gil de Biedma que habla de la historia de España como la más triste de la Historia «porque acaba mal».

El fútbol como telón de fondo. El Mundial de Qatar. Una mujer que se parece a Ava Gardner y llega a Tánger para hacer campaña publicitaria del acontecimiento. Un policía que viene de las cloacas del Estado. Algunos funcionarios de la diplomacia española. El rey emérito al que le están preparando una cita con su novia alemana para, como le dice el comisario corrupto a Ava Gardner, que es amiga de Corinna: «Usted puede rendirle un gran servicio al Estado ayudándonos a hacer precisely esa cita». En ese paisaje de negocios cruzados no falta el de las criptomonedas. Ahí Messi, que se inició en el *business* con un puesto de altramuces a la puerta del Instituto Cervantes y regenta ahora una boutique de lujo en el Hilton City Center. Personajes de ficción que se mezclan con otros de verdad y construyen ese patio de monipodio donde cada cual interpreta su papel, el papel que les exige un guión lleno de ironía, de referencias culturales reconocibles, también de una rabia sorda porque bajo las luces de un espectáculo vestido con las lentejuelas de la fanfarria urbana se pudren las aguas estancadas de un poder que se alienta de la corrupción política y policial y del cinismo.

La fascinación por una ciudad es la misma que descubres en las páginas de una novela como *La muerte podrá esperar*. La novela negra es la novela de las ciudades luminosamente oscuras. La novela de esos personajes que se cruzan y acababan confundiendo a ratos la gravedad del destino con ese azar que, no sé quién lo dijo (¿Caballero Bonald), es el único que puede vencer a la muerte. Y ese párrafo que tal vez resuma más que ningún otro lo que es esta historia: «No exagero, Malika. Mira, todos somos de alguna manera exiliados. Exiliados de nuestra infancia, de nuestra familia, de nuestra tierra, de los sueños que tuvimos...». Los sueños que tuvimos y que aún nos negamos a que desaparezcan. Aunque se hayan convertido muchas veces en la imagen de un halcón al que le habían pintado con barniz la belleza indestructible de sus días mejores. Treinta años después, no sé qué pasará con la novela sobre Wittgenstein y Georg Trakl, siempre inacabada. Los sueños que tuvimos...

La fascinación por una ciudad es la misma que descubres en las páginas de una novela como 'La muerte tendrá que esperar'.



# Los sueños que tuvimos